



DIALOGOS CON NUESTRA ENFERMERA

INVESTIGACION Y GRAVIDEZ

SANTIAGO LOREN

El doctor Tanto Peor cruza el despacho, saluda levemente al doctor Tanto Mejor y a Hortensia, se introduce en la habitación del fondo y se cierra por dentro.

T. M.—(*Perplejo.*) ¿A dónde va tan misterioso y solemne?

Hortensia.—A investigar.

T. M.—¿A investigar qué?

Hortensia.—Nadie lo sabe. Quizá ni él mismo. Simplemente se acaba de comprar un microscopio, y cuando un médico se compra un microscopio, lo primero que hace es investigar. Pero no lo comente ni le diga nada. Se ofendería.

T. M.—No sé por qué. Si de

verdad está investigando, podía habérselo dicho. No es una vergüenza.

Hortensia.—Sí que lo es, en cierto modo. Mire usted, doctor: yo comparo a los investigadores con esas personas que vienen por aquí alguna vez a contarnos que les falta algo y luego resulta que no les falta, sino que les sobra. Usted ya me entiende.

T. M.—;Hortensia, por favor! ;Qué irreverencia para nuestros sabios!

Hortensia.—No, si con los sabios no va nada. Esos son como las mujeres casadas, que pueden pregonar a los cuatro vientos lo que han concebido. Yo me refiero, nada más, a los investigadores noveles, a los que no han descubierto nada todavía. No pueden llamarse investigadores hasta que su obra tiene un nombre, lo mismo que las solteras no se atreven a llamarse madres hasta que no pueden dar un nombre a sus hijos. Es el triste sino de los dos.

T. M.—Y si no se les llama investigadores, ¿cómo hemos de llamarlos?

Hortensia.—De ninguna manera. Ellos ya se preocupan de hacer saber que no pretenden "más que entretenerse" o, todo lo más, "hacer un trabajillo" sobre esta o la otra cuestión.

T. M.—¿Y si no consiguen nada? ;Qué pasa con los fracasos?

Hortensia.—Que todo el mundo los calla y sobre todo los interesados.

T. M.—¿Y si triunfan?

Hortensia.—Entonces se casan con la Razón Universal y todo es santificado. Ya pueden llamarse madre, digo... investigadores delante del mundo.

T. M.—Puede que tenga algo de razón; pero me parece una tontería esa manera de obrar.

Hortensia.—Sin embargo, así obran todos. Einstein no dijo que estaba trabajando sobre la Teoría de la Relatividad hasta que no la tuvo bien acabadita y asimilada. Cajal no nombró para nada la teoría de la neurona hasta que la demostró cien veces para sí mismo.

T. M.—;Oiga, oiga! ;Me parece que sabe demasiadas cosas de este asunto! ;Quién le ha informado tan bien?

Hortensia.—Simple curiosidad humana. Lo mismo que me intereso por el problema de la persona metida en un lío y le pregunto para procurar aconsejarla y consolarla, me he enterado de lo que piensan, desean y sufren los investigadores. No me negará que son conmovedores estos hombres intentando demostrar a to-

dos que sólo buscan entretenerse en los ratos que les deja libre la tarea diaria vulgar y rutinaria, mientras en realidad sueñan con evadirse de esta tarea por medio de la gloria que les proporcione el "entretenimiento".

T. M.—Sin embargo, esos conocimientos sobre Einstein y Cajal no proceden de usted. Usted ha tenido grandes confianzas con uno de esos sabios vergonzantes... ;Con el doctor Tanto Peor?

Hortensia.—Pues, sí... Me ha honrado con su confianza. Me ofreci a ayudarle en las tareas de rutina y lo agradeció, hablándome de sus esperanzas y de sus reflexiones.

T. M.—Eso es lo que temía y eso es lo que me entristece, Hortensia. Yo soy su amigo y debía también haber confiado en mí. No sé para qué sirven los amigos, si no se ha de participar con ellos las inquietudes y las esperanzas.

Hortensia.—Pero usted es el amigo que le vendió el microscopio.

T. M.—¿Y eso qué importa?

Hortensia.—Importa y mucho. ;Para qué empleaba usted el microscopio, si no hace análisis clínicos?

T. M.—;Psh!... Me entretenía algún ratillo... Simple pasatiempo...

Hortensia.—;Ya tenemos aquí otra gravidez clandestina!

T. M.—;Hortensia, por favor!

Hortensia.—Gravidez de ideas, sí, señor. ;Por qué no lo confiesa si está descubierto?

T. M.—;Bueno, pues sí! ;No me avergüenza! Estaba intentando sacar unas conclusiones, unas modestas conclusiones, examinando frotis de sangre de cancerosos.

Hortensia.—Ya lo sabía. Y el doctor Tanto Peor, también. Está ahora mismo intentando desarrollar su idea a partir de donde usted la dejó.

T. M.—;Traición!

Hortensia.—No, señor. Yo misma le he proporcionado los datos que usted abandonó. Las ideas mejoran y crecen al pasar de un cerebro a otro. Y si el doctor Tanto Peor consigue algo, piensa considerarle a usted como su colaborador. Es algo así como una carrera de relevos. ;No es de ese modo como se hace la ciencia de ustedes?

T. M.—Pero, ¿por qué no me ha dicho nada?

Hortensia.—Por las mismas razones que me he cansado de explicarle. Si el doctor Tanto Peor no consigue nada, callará el pecado de haber tenido una inquietud, como lo calló usted; todo lo más se mirarán un poco aver-

gonzados durante un mes, pero adoptando el gesto más inocente del mundo. Los hombres no hablan nunca de sus fracasos. Su amistad está hecha de tal manera, que sólo florece en el triunfo.

T. M.—No diga eso, Hortensia porque usted misma me ha devuelto la fe en esa amistad. ¿No comprende que si triunfa el doctor Tanto Peor habrá convertido también en triunfo mi fracaso? En este momento sólo tengo una pena, mejor dicho, un remordimiento.

Hortensia.—¿Cuál es?

T. M.—Que le vendí un poco caro el microscopio.